

RESEÑAS

Guy STRESSER-PÉAN: *Los Lienzos de Acaxochitlán (Hidalgo) y su importancia en la historia del poblamiento de la Sierra Norte de Puebla y zonas vecinas*. México: Gobierno del Estado de Hidalgo-Instituto Hidalguense de Educación Media Superior y Superior-Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo-Centre Français d'Études Mexicaines et Centreaméricaines, 1998, s. ISBN

El libro que aquí se reseña es producto de un estudio de dos documentos indígenas coloniales, cuya existencia fue dada a conocer por primera vez al mundo académico por Luis Azcué Mancera en el *Catálogo de construcciones religiosas del Estado de Hidalgo* (1940-1942). Ambos documentos fueron consultados por Guy Stresser-Péan *in situ*, en 1985, gracias a la autorización de José Alfredo Cruz Ramírez, en ese tiempo presidente municipal de Acaxochitlán, y fue entonces cuando Claude Stresser-Péan tomó las primeras fotografías en blanco y negro y en color, en situaciones difíciles.

El Lienzo "A" o mapa del "Fundo del pueblo de Acaxochitlán", es una especie de croquis catastral, copia de un plano de 1639 hecha sobre tela industrial de algodón probablemente en el primer cuarto del siglo XIX. La cara de la cartografía fue pintada uniformemente en un café rojizo, y sobre ella se trazó una abreviada topografía, los dibujos de los edificios del pueblo y glosas en español. Su nombre completo, *Mapa de tierras del fundo del pueblo de Acaxochitlán año de 1639*, se lee en la parte alta y media del documento.

El Lienzo "B" de Acaxochitlán, ahora perdido, era un documento que se encontraba colgado dentro de una gran caja plana que tenía un vidrio como cara anterior, condiciones que impidieron un examen detenido y la adecuada reproducción fotográfica. El documento tenía como soporte una tela de algodón, posiblemente de telar indígena, de 1.57 m de ancho y 1.90 de alto, formada por dos lienzos cosidos uno arriba del otro. Era un cuadro paisajista, pintado al óleo, con su pintura ya resquebrajada. En su ángulo superior derecho, con letras pequeñas decía: *Mapa topográfico de la municipalidad de Acaxochitlan.*

La investigación de Stresser-Péan resalta desde un principio por la variedad de recursos utilizados por el autor. En la obra se combinan como fuentes las de la arqueología, la lingüística, la etnografía y la historia documental. Preciso lo último para distinguir esta acepción de la historia de otra más amplia, que se define no por sus medios, sino por su contenido: es la ciencia que estudia los procesos de transformación social. Para la historia en sentido amplio el estudio de los documentos históricos es uno de los medios —no el medio único— para llegar al conocimiento histórico. O sea que en su ejercicio el historiador tiene la posibilidad —y también la obligación— de utilizar medios muy heterogéneos en su labor profesional. Éstos son, en términos generales, *las fuentes históricas*, que comprenden las documentales. Pero también son fuentes históricas —si son usadas para llegar al conocimiento histórico— otras muy diversas; entre ellas, las arqueológicas y las etnográficas. Y con esto llegaríamos a la sabia sentencia de Marc Bloch: "Creo que pocas ciencias están obligadas [como la historia] a usar simultáneamente tantas herramientas dispares. Y es que los hechos humanos son de los más complejos, y el hombre se coloca en el extremo de la naturaleza".

En el caso particular de este libro, la complejidad del tema hace necesaria la utilización de las más diversas clases de fuentes. El estudio tiene que desarrollarse en una zona particularmente compleja, tanto en lo histórico como en lo étnico, lo lingüístico y lo arqueológico. Es la zona denominada Sierra Norte de Puebla. El ámbito comprendido por este libro incluye poblaciones tan importantes como Tulancingo, Acaxochitlán, Xicotepec, Xiuhcócac, Tuzapan, Metlaltoyuca y Huauchinango; pero hay referencias constantes y necesarias a los antiguos centros de poder asentados en la Cuenca de México.

La complejidad lingüística se hace presente con la simple pluralidad: en la zona estudiada se hablan tres dialectos de la to-

tonaca, la lengua tepehua, la otomí, dos dialectos de la lengua náhuatl, el español, y se encuentran como vecinos muy próximos los hablantes de huasteco.

En cuanto al tiempo, pese a la delimitación temporal estricta de la factura y utilización de los dos lienzos estudiados, sus lindes históricos deben ampliarse en forma extraordinaria para resolver los problemas que presentan los dos documentos. Pensemos cómo pueden entenderse los mosaicos étnico y lingüístico de la zona sin remontarse hasta un remotísimo pasado. Por ello Stresser-Péan inicia la historia de la sierra con la presencia hipotética de una antigua población huasteca; pasa al arribo de los tepehuas y los totonacos a la zona hacia el siglo IX d. J. C.; continúa desarrollando la historia prehispánica hasta el momento de la conquista, y se adentra en la época colonial. Pero no termina ahí: el estudio de la sierra alcanza prácticamente nuestros días. ¿Por qué razón Stresser-Péan tuvo que incluir el presente? Porque las actuales poblaciones indígenas son aún generadoras de la información etnográfica necesaria para entender el contenido de ambos documentos. Por tanto, el autor aprovecha, los conocimientos que durante largas décadas ha obtenido en su intenso y fructífero trato con los habitantes de la región.

En lo lingüístico, Stresser-Péan ve la sierra de Puebla como una región rica en recursos que sirvió de meta o de cruce a innumerables pueblos de la antigüedad, pasos y estancias que hicieron de su historia una Babel en permanente formación. Tras los tepehuas y los totonacos fueron sucediéndose y superponiéndose dominadores y pobladores: toltecas, chichimecas, otomíes, acolhuas, tecpanecas, nuevamente acolhuas, mexicas y, por último, los conquistadores españoles. ¿Cómo llegar a colocar las piezas de las ocupaciones territoriales sin el recurso de la glotocronología, sin la diferenciación estricta de lenguas y dialectos, sin el auxilio de un léxico que permita distinguir límites y contrastes en la complejísima historia de la sierra norte de Puebla? Stresser-Péan logra aclarar el panorama gracias a la aplicación de las fuentes lingüísticas a la historia; identifica histórica y geográficamente las poblaciones, manejando la filología de los topónimos en combinación con el análisis de sus representaciones gráficas, y combina la historia y la filología con la etnografía dirigiéndolas al origen, distribución y uso de enseres de trabajo. Un ejemplo de esto es la referencia a la utilización de la redcilla y de los armazones de redes sin nudos. Stresser-Péan propone, entre otras muchas cosas, que los totonacos no fueron los in-

ventores de dichos instrumentos, sino sus recipiendarios culturales. Explica que este pueblo no ha empleado la palabra “tzā’lh” o “red” para denominar la “caja de red”, sino que se ha referido a ella con términos que son deformaciones de la palabra nāhuatl “matlahuacalli”. Así, los totonacos dicen, en distintas localidades, “wahkat”, “wahkit” y “malawahkat”, lo que permite suponer el origen cultural del instrumento.

Otro tanto sucede con el recurso a la arqueología. Stresser-Péan aborda temas polémicos e interesantes, de los que es indispensable mencionar dos: la ubicación de la antigua capital huasteca, Xiuhcóac, en la Mesa de Cacahuatenco, al sur del río Vinasca, y la imprecisa localización de las ruinas de Tuzapan entre los ríos San Marcos y Necaxa, que puede considerarse un reto para los arqueólogos de nuestros días.

En el campo de la historia documental Stresser-Péan maneja las fuentes críticamente y con rigor. En su interpretación toca algunos aspectos que son materia de debate actual entre los especialistas, como la supuesta “chichimequez” —y perdónese me el término— de muchos pueblos que, al relatar su historia en la antigüedad pres hispánica, se describieron como chichimecas de origen, esto es, como recolectores-cazadores provenientes de territorios septentrionales. En efecto, en las fuentes documentales indígenas y en las redactadas con base en relatos indígenas es muy frecuente encontrar que muchos pueblos del posclásico se atribuyeron con orgullo una procedencia de Chicomóztoc o Teoculhuacan, poblaciones de las que dijeron haber salido con la ruda cultura de los chichimecas. La especie fue aceptada por los historiadores posteriores y constituyó una muestra de cómo, con determinación y firmeza, los pueblos nómadas podían alcanzar, en muy pocas generaciones, los beneficios culturales de los agricultores avanzados de Mesoamérica. Sin embargo, en nuestros días se hace necesario tomar con pinzas este supuesto origen bárbaro. La duda empieza a fincarse a partir de los estudios de Carlos Martínez Marín sobre la migración de los mexicas. En sus investigaciones, Martínez Marín concluye que la supuesta cultura de recolectores-cazadores de los mexicas era una ficción, puesto que en los propios relatos puede descubrirse su idiosincrasia de agricultores mesoamericanos. Otros autores, entre ellos Marie-Charlotte Arnauld y Dominique Michelet, han aplicado iguales criterios frente a historias de origen de diversos pueblos mesoamericanos, entre ellos los tarascos. Stresser-Péan, al referirse a los chichimecas conquistadores de la sierra, enfatiza el carácter

mítico de Chicomóztoc y Teoculhuacan. Niega, al mismo tiempo, que estos chichimecas conquistadores hayan sido verdaderos nómadas recolectores-cazadores, y afirma, por el contrario, que: “tenían el mismo nivel cultural que los acolhuas, otomíes y tepaneecas que se asentaron en el Valle de México en la misma época”.

No obstante el amplio y correcto manejo de diferentes disciplinas para llegar al conocimiento histórico, el autor es cauteloso frente a las vías de saber que no domina. Así, adelanta opiniones; pero no se atreve a resolver problemas específicos que requieren estudios especiales. Entre éstos se encuentra el problema de la identificación botánica de la planta “acaxóchitl”, de cuyo nombre parte el topónimo “Acaxochitlán”. Después de exponer detenidamente las opiniones que diversos botánicos han emitido acerca de la planta, concluye: “A falta de una verdadera investigación etnográfica, con recopilación de muestras, el asunto queda abierto. Dado que no somos especialistas, no deseamos arriesgarnos a hacer una identificación insegura. Sin embargo, pensamos que los dibujos de la *Matrícula de Tributos* y del *Códice Mendoza* evocan más bien una Amarilidácea, como *Sprekelia formosissima* (L.) Herb. (o *Amarillis formosissima* L.), que una Campanulácea del género *Lobelia*”.

Como un segundo punto, importantísimo, quiero señalar el enorme esfuerzo de Stresser-Péan por esclarecer la historia y el contenido de los documentos. Ambos lienzos, que para un profano pudieran ser representaciones escuetas de los poblados de una zona dada, constituyen un enorme reto para un experto en la dilucidación documental. Stresser-Péan parece deleitarse, como un detective, en plantear al lector las dimensiones de la problemática, y muy pronto puede convencerlo que un hecho histórico tan delimitado en tiempo y espacio —como puede ser la elaboración de dos pinturas en una población colonial— hace necesario el manejo de una historia de muy amplias dimensiones temporales y geográficas. De otra manera no puede comprenderse el problema, que en este caso, más que centrarse en el contenido de los documentos, se ubica en las condiciones, causas y circunstancias de la elaboración de los lienzos. El autor pugna por anclar los documentos en su tiempo, en su espacio, en su naturaleza, comparándolos con otros que les son muy semejantes: los numerosos códices llamados comúnmente *Techialoyan*, más importantes por los motivos que les dieron origen que por la verosimilitud de la información que aportan. En pocas palabras, que, como en los códices *Techialoyan*, en los lienzos de Aca-

xochitlán es más interesante su propia historia como documentos que la verdad de los datos históricos que transmiten. Los lienzos de Acaxochitlán resultan ser, así, productos de un complejo proceso histórico característico de las primeras décadas de la colonia: la disolución y recomposición de las relaciones políticas, étnicas, demográficas y de estructuración social entre las diferentes poblaciones indígenas de la región, lo que Bernardo García Martínez ha llamado “el camino de la secesión”.

Una tercera característica de la obra que merece ser mencionada es su aspecto formal. Debemos calificar el libro *Los Lienzos de Acaxochitlán*, como el producto de una concepción amable, nacida de un proyecto en que el carácter intrincado del tema debía desembocar en un vehículo que facilitara la comprensión. Desde el principio del libro el lector cuenta con abundantes ilustraciones, principalmente mapas, dibujos totales y parciales de los lienzos, y reproducciones comparativas de otros documentos pictográficos. Cada uno de los pasos de explicación es auxiliado gráficamente. Un apéndice y los índices detallados contribuyen a la pronta localización de la información y al esclarecimiento de los problemas. Fallan, lamentablemente, las fotografías, debido a las condiciones inapropiadas de sus tomas y a que el Lienzo “B”, perdido actualmente, no pudo fotografiarse para esta edición. Los dibujos salvan, al menos en parte, la lamentable desaparición del documento.

Alfredo LÓPEZ AUSTIN
Universidad Nacional Autónoma de México

Pilar GONZALBO AIZPURU: *Familia y orden colonial*. México: El Colegio de México, 1998, 320 pp. ISBN 968-12-0859-5.

El orden, hilo conductor de los estudios de Pilar Gonzalbo sobre la familia colonial, es un concepto que ha hecho cavilar a pensadores desde tiempos inmemoriales. Se le considera como una de las herramientas más útiles en la conformación y estabilidad de una sociedad. Se toma por dado que sin orden, no puede haber seguridad, ni virtud, ni los elementos indispensables para el buen funcionamiento de la familia y del gobierno. Es el ingrediente imprescindible de la vida civilizada. Se define tradicionalmente como la disposición concertada y armoniosa de las